

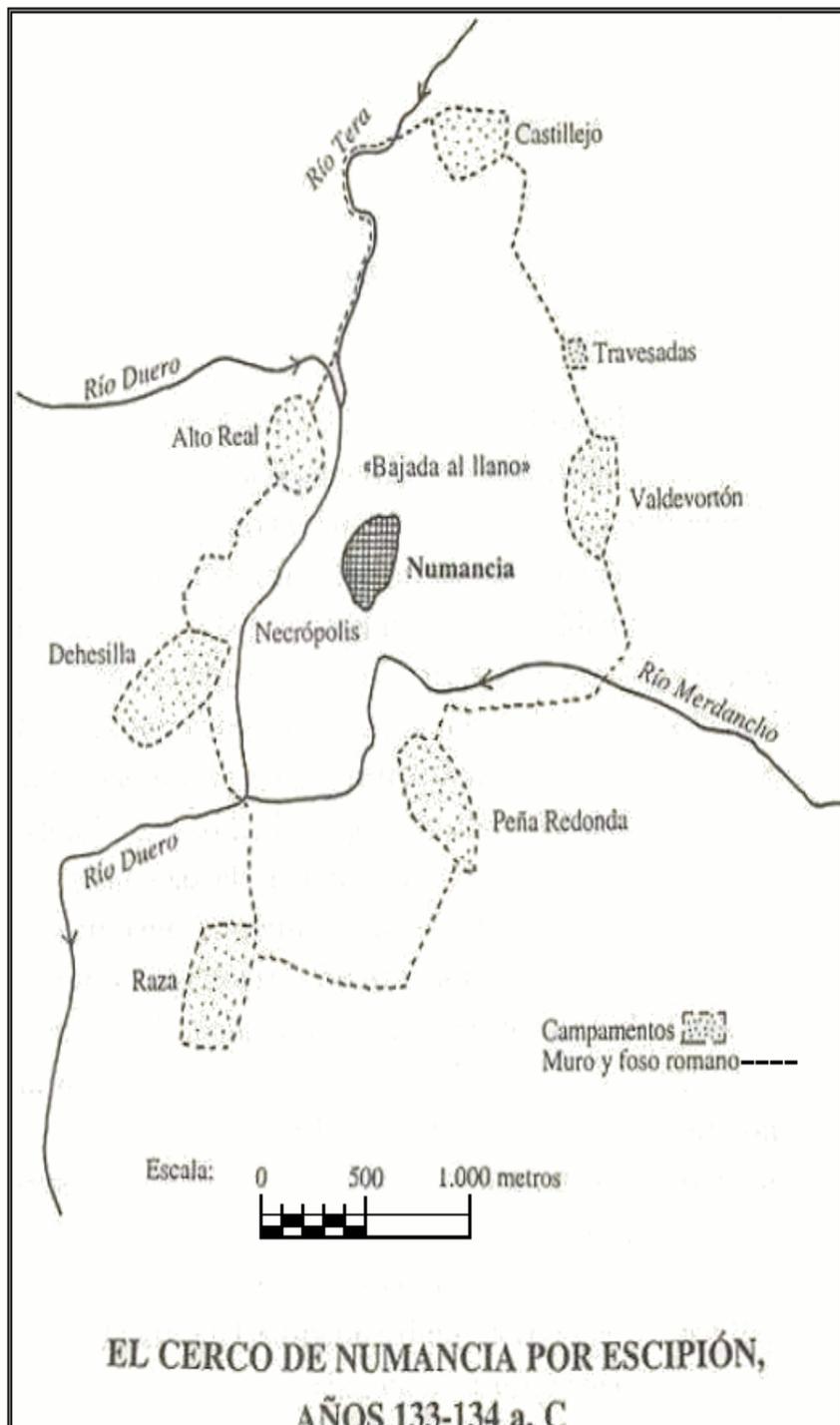
JOSÉ LUIS CORRAL

NUMANCIA



José Luis Corral reconstruye el que se ha convertido en uno de los mitos hispánicos por excelencia, que ha dado pie incluso a la expresión 'numantino' y ha generado algunas de las piezas más brillantes de la literatura española de todos los tiempos (La Numancia de Cervantes, por ejemplo). Más que una derrota final que era inevitable, lo que confiere dimensión épica a este episodio es la desproporción de fuerzas en combate. Por un lado, era absolutamente imprevisible, que un grupo de pequeños pueblos sin cohesión aparente, sin ayuda exterior y sin preparación logística y militar fuera capaz de una resistencia tan duradera, y por otra resulta incomprensible a primera vista, que las altamente cualificadas tropas romanas no pudieran domeñar a los celtíberos de un modo expeditivo y definitivo.







Nota previa

Desde que en el año 202 a. C. Publio Cornelio Escipión Africano derrotara al general cartaginés Aníbal en la batalla de Zama, a algo más de cien kilómetros al suroeste de la ciudad norteafricana de Cartago, la República de Roma se convirtió en la principal potencia del Mediterráneo.

Nacida entre guerras y preparada para la guerra, Roma llevó a cabo una expansión militar mediante la cual en los siglos II y I a. C. construyó un gran imperio que se extendía por todas las regiones ribereñas del Mediterráneo, y aún más allá. El Imperio Romano alcanzó una extensión enorme, contenida entre los ríos Rin y Danubio, el Éufrates, los desiertos de Arabia y las arenas del Sáhara, además de Britania (las actuales Inglaterra y Gales) y Dacia (la actual Rumanía).

Centenares de tribus, pueblos y naciones quedaron sometidos al poder de Roma y se administraron por sus leyes. Pero uno de esos pueblos, el celtíbero, un heterogéneo conglomerado de tribus y ciudades asentadas en el corazón de Iberia, en las ásperas y duras sierras del Sistema Ibérico, en la provincia de Hispania, fue el que más problemas le causó a la formidable potencia militar romana.

Los celtíberos libraron tres largas y cruentas guerras contra los romanos entre principios del siglo II y mediados del I a. C.; un puñado de pequeñas ciudades, encabezadas por la mítica Numancia, fueron capaces de mantener en jaque durante más de un siglo a la mayor y más poderosa maquinaria militar que hasta entonces había contemplado la historia del mundo.

Numancia y los celtíberos se convirtieron en nombres cuya sola mención causó terror entre los romanos. La capital de los arévacos resistió varios asedios a lo largo de veinte años, hasta que el general Publio Cornelio Escipión Emiliano, el hijo adoptivo del vencedor de Aníbal, la sojuzgó en el año 133 a. C. Desde entonces, la memoria de Numancia se convirtió en leyenda.

I

AL SERVICIO DE ROMA

Capítulo 1

[Año 154 a. C.]

Aracos jamás pensó en ser un héroe.

Hijo de Abulos, un celtíbero que había servido como mercenario en el ejército romano, había nacido en la recién fundada ciudad de Contrebia Belaisca, al norte de las montañas azules, unas pocas millas al sur del gran río Ebro. Desde niño había oído los relatos de su padre, que había empeñado su juventud en servir a Roma enrolado como auxiliar en sus legiones, y su imaginación de adolescente fue forjando un escenario idealizado de soldados cubiertos de hierro, de formidables batallas libradas en perdidos rincones del mundo y de épicos episodios de compañeros que ofrecían su vida para salvar la del amigo.

Aracos había crecido en un mundo de sueños. Su padre le había dicho que Roma era una gran ciudad que se estaba convirtiendo en la dueña del mundo; una ciudad de murallas tan altas como los cerros de los alrededores de Contrebia y de edificios tan enormes que cada uno de ellos podía albergar bajo su techo a varias veces toda la población de su pequeña ciudad.

Desde que los romanos desembarcaran en Iberia, durante la segunda guerra contra Cartago, habían decidido quedarse para explotar las ricas minas de oro, plata, hierro, cobre y plomo y los yacimientos de malaquita, azur, alabastro y mercurio de la tierra que ellos llamaban Hispania. Siete décadas llevaban sus ejércitos combatiendo contra las

indómitas gentes de Iberia, que divididas en diversas tribus no sólo peleaban contra los invasores, sino muy frecuentemente entre ellas mismas. En el centro de Iberia, en el corazón montañoso y agreste de la Península, habitaban varios pueblos que los romanos denominaban como «celtíberos», es decir, los celtas de Iberia. Arévacos, lusones, belos y titos eran los cuatro principales, y cada uno de ellos disponía de su propio territorio y de sus propias ciudades.

Hacia ya algunas décadas que los romanos estaban asentados en el valle del Ebro. De vez en cuando una patrulla de legionarios romanos llegaba a Contrebia para recaudar los tributos debidos. Entonces, Aracos acudía corriendo con otros muchachos a contemplar el pausado y metálico desfile de los legionarios. Sus corazas brillantes, sus cascos de cuero y acero, sus recias sandalias, las espadas cortas al cinto, las largas lanzas y los enormes escudos provocaban al caminar con ellos un chirriante sonido, como el quejido de un animal fabuloso, como el lamento de una bestia herida.

Aquella primavera Aracos acababa de cumplir diecinueve años. Era miembro de la tribu de los belos, de la gens de los belaiscos y del clan de los Urdinocos, y el tercer hijo de una familia poco acomodada; su padre, tras dejar el servicio mercenario de Roma, se había convertido en campesino propietario de una pequeña explotación agrícola, y, como ésta no daría lo suficiente para repartir entre todos sus hijos, se preocupó de instruir al menor en el manejo del arco, la honda, la lanza y el hacha de combate, pues, como ocurría con muchos de los hijos segundones de los celtíberos, su único futuro era servir como auxiliares en los ejércitos romano o cartaginés.



Un oficial romano apareció ante los muros de Contrebia Belaisca al frente de un escuadrón de caballería; solicitó a los magistrados de la joven ciudad tropas auxiliares con las que reforzar al ejército que en unas pocas semanas avanzaría hacia Segeda.

Para responder a la demanda del oficial romano, el senado de Contrebia se reunió en sesión urgente. Roma exigía la entrega de al menos cien jóvenes guerreros para combatir a los rebeldes de Segeda, la capital de la tribu de los belos, que había roto un tratado con Roma y estaba levantando en contra de lo acordado unas nuevas murallas de cuarenta estadios de extensión, argumentando que eran necesarias para ampliar la ciudad ante el aumento de su población.

Los de Segeda habían recibido a una delegación de lusitanos, una tribu celta que ocupaba las tierras más occidentales de Iberia, quienes habían logrado derrotar a dos ejércitos romanos, uno de seis mil y otro de nueve mil hombres mandados por dos pretores. Los victoriosos lusitanos se habían paseado por media Iberia mostrando ufanos los trofeos y las armas ganados en esas dos batallas, alentando a las demás tribus ibéricas, especialmente a los celtíberos, a levantarse en armas contra Roma, alegando para ello que no sólo no eran invencibles, sino que los romanos podían ser derrotados con cierta facilidad, como ellos habían demostrado en las dos ocasiones en las que se habían enfrentado.

El legado romano sólo les había dado seis días para proporcionar los hombres solicitados. Los contrebienses dudaban sobre qué hacer. Conocían de sobra el poder romano, dos de cuyas legiones acampaban a unas pocas millas al norte, en la ciudad sedetana de Salduie, a orillas del Ebro, pero les unían lazos de sangre con los segedenses, miembros de la misma tribu de los belos.

—Los segedenses han optado por desafiar a Roma y ampliar sus murallas para acoger en ellas a las gentes veci-

nas que están migrando a su ciudad. Enterado de ello, el Senado romano lo ha prohibido y ha ordenado que se abonen los tributos acordados en tiempos de Sempronio Graco, pues el pueblo y el Senado son los únicos con autoridad para perdonar ese pago. Los de Segeda han contestado que el tratado prohibía construir nuevas ciudades amuralladas, pero no ampliar las ya existentes ni fortificarlas, y en cuanto al asunto de los tributos, aseguran que habían sido condonados por el propio Graco. Roma nos exige cien guerreros como tropas auxiliares para participar en la campaña contra Segeda.

El magistrado contrebiense Letondo informaba al senado de su ciudad sobre el grave asunto que había traído hasta ellos el legado romano.

—Todos nosotros somos belos. Los segedenses son nuestros hermanos, no podemos enviar a nuestros hijos a luchar contra Segeda. Yo tengo parientes en esa ciudad, muchos de vosotros también los tenéis —replicó un anciano.

—El legado de Roma no admite una negativa; nos ha concedido un plazo de seis días para darle una respuesta afirmativa. Si aceptamos su propuesta, nos considerarán como aliados y disfrutaremos de los privilegios de los amigos de Roma; pero si nos negamos... entonces también atacarán Contrebia. Dentro de unas semanas dos legiones saldrán de Salduie camino de Segeda, más de veinte mil hombres perfectamente entrenados y bien equipados. ¿Qué podemos hacer ante esa amenaza?

—Defender nuestra libertad —gritó el anciano—. Roma no se detendrá ante nada. Desconfiad de los romanos, no os fiéis de sus promesas; nunca cumplen su palabra. Cuando yo era joven luché contra ellos en la gran guerra, y una y otra vez nos engañaron con mentiras y falsedades. Utilizan cualquier estratagema para lograr lo que pretenden, que no es sino someter a todos los demás pueblos a la esclavitud. Durante generaciones, los belos hemos vivido libres;

estas tierras son nuestras, estos campos son nuestros, estos ríos son nuestros; nos pertenecen y no necesitamos el permiso de nadie para aprovecharlos. Si ahora cedemos ante Roma, acabaremos siendo sus esclavos.

La arenga del anciano sonaba sincera y rotunda y cayó como una losa sobre la conciencia de los reunidos en el edificio del senado contrebiense.

—La libertad es algo muy hermoso —intervino Letondo—; pero, sin la vida, ¿para qué sirve, sin la vida?

En un momento se alzaron varias voces, unas a favor y otras en contra de entregar los cien soldados a los romanos. Los más ancianos, salvo el que había intervenido en primer lugar, parecían ser los más favorables a ratificar la alianza con Roma y alegaban que ningún poder en el mundo podía derrotarla, en tanto los más jóvenes preferían la alianza con los de Segeda y decían que Aníbal había logrado vencer a los romanos gracias a los mercenarios celtíberos. En medio del tumulto, Letondo intentaba en vano poner orden: pero nadie le hacía caso, unos y otros se acusaban de traidores e insensatos.



Al contemplar el semblante serio de su padre, el joven Aracos supo que algo grave estaba ocurriendo.

—Siéntate, hijo.

Aracos lo hizo en el banco corrido adosado a las paredes de la sala grande de la casa de los Urdinocos.

—¿Qué ocurre, padre?

—El senado ha decidido aceptar la propuesta de los romanos: Contrebia entregará a Roma los cien soldados solicitados por su legado.

—Pero van a combatir contra los segedenses, que son belos, como nosotros... —replicó Aracos.

—Han incumplido un tratado y han desafiado la cólera romana; nada podemos hacer. En el reparto de los cien soldados le ha tocado a nuestra familia enviar a uno, y... he decidido que seas tú.

—¿Yo? Padre, sabes que te he obedecido siempre, que te respeto, pero...

—No hay excusas, hijo. La decisión está tomada. Eres el menor de mis tres hijos varones. Tenemos pocas tierras y cuando yo muera no serán suficientes para alimentar a las familias de todos tus hermanos. El senado de esta joven ciudad lo dominan los propietarios de bienes inmuebles; para ser un ciudadano respetable y poderoso es necesario poseer fincas y casas. Entiéndelo, hijo, con lo que ahora poseo no habrá ni tierra ni pan para todos vosotros. De una manera u otra tendrías que marcharte de aquí. Ahora se ha presentado tu oportunidad; en el ejército tienes asegurada la comida y cuando te licencies es probable que incluso te den el dinero o las tierras suficientes como para disponer de tu propia finca, como hice yo. Aquí no tienes esperanza, mis tierras apenas producen para sostener a las familias de tus dos hermanos mayores, y tarde o temprano deberías irte. Lo siento, hijo, la decisión del consejo de ancianos es inapelable y la mía también.

—Yo no soy soldado, padre.

—Te he enseñado para que lo seas. Sabes manejar el arco, la honda, la jabalina y el hacha; tú eres muy hábil en el manejo de esas armas, sobre todo del hacha. Tienes un buen entrenamiento, eres fuerte y resistente; serás un buen soldado.

—Nunca he combatido, padre; no he matado a nadie, no sé si podré hacerlo.

—Es como cazar. Fijas la pieza, aseguras el tiro y la abates. Sólo hay un problema: en la caza, la mayoría de las piezas no te atacan, sólo algún jabalí malherido; pero en la batalla, además de atacar debes defenderte.



El Senado romano había respondido con una contundencia y presteza extraordinarias al desafío provocado por Segeda. En cuanto se enteró de que los segedenses estaban ampliando su ciudad y construyendo una nueva y sólida muralla, Roma exigió la paralización de la obra, reclamó el pago de los tributos acordados en tiempos de Graco, veinte años atrás, y ordenó que proporcionaran algunas tropas auxiliares.

Los segedenses replicaron de nuevo que en el tratado firmado con Graco se prohibía fundar nuevas ciudades, pero no fortificar las existentes, y en cuanto a los tributos, reiteraron que eran los propios romanos quienes los habían eximido poco después del consulado de Graco. Airados por la respuesta de los de Segeda, los senadores romanos afirmaron que la exención de tributos estaba sujeta a la voluntad del Senado y del pueblo de Roma y declararon la guerra a la capital de los belos.

Hasta entonces, los cónsules romanos se elegían cada año en la última semana del invierno, en los idus de marzo, el décimo quinto día de ese mes, fecha en la que comenzaba el año nuevo. Pero para que los cónsules recién elegidos pudieran llegar ante Segeda en primavera, y antes de que los belos acabaran de completar la ampliación de la muralla de su ciudad, el Senado romano decidió que el inicio del consulado, y por tanto del año, se adelantara a las calendas de enero, el primer día de ese mes, que desde entonces quedó fijado como el del inicio del nuevo año. Y eso no fue todo; el Senado romano enviaba cada año a Iberia a una legión al mando de un pretor, pero desde la rebelión de Segeda decidió enviar dos legiones al mando de un cónsul.

Los segedenses habían levantado los nuevos torreones sobre sepulcros de niños recién nacidos sacrificados a los